

ABEJA ESPAÑOLA

NUM. 318. *Lunes, 26 de Julio.* 5 qtos.

VARIEDADES.

Hemos dicho en varios de nuestros números anteriores, y repetimos ahora : *que los hombres en circunstancias semejantes proceden poco mas, poco menos del mismo modo.* Es ciertamente una desgracia para las naciones, y una fatalidad del género humano, el que las mejores instituciones sociales hayan de viciarse, y de viciarse hasta el punto de ser mas perjudiciales que provechosas. Los que no ven en las cosas mas que el aspecto primero que estas presentan en su origen, no solo se abandonan á la mas ciega confianza de que el bien ya se operó, sino que tambien, olvidados de la tendencia natural de los hombres á dexarse sojuzgar mas que de la razon y la justicia, del espíritu de negocio, é tal vez de pasiones mas viles, reputan la prevision del hombre que observa y que calcula como una cualidad

funesta y enemiga del bien.

No es nuevo (ni dexará de repetirse muchas veces mientras exista el mundo) ver convertidos en los mas fieros déspotas á aquellos mismos que en el principio de su vida política aparecieron como los mas celosos defensores de la justicia, del órden, y de la justa libertad. Sin recurrir á los Pisistratos, ni á los Marios, ni á los Césares, hallamos en el gefe actual de los franceses una prueba de ello, y un documento viviente é incontestable de qual suele ser el término y resultado de instituciones, las mas buenas por su esencia y naturaleza; pero las mas expuestas á producir trisísimos sucesos luego que el espíritu de faccion se enseñoorea de ellas.

Hase dicho, y no sin razon, de que quando los hombres, ó los gobiernos, nada temen, ni esperan de la opinion pública, ó por habituarse á despreciarla, ó por ser ella parcial, ó poco ilustrada; el egoismo entra á reemplazar al interes público, y la impudencia mas descarada, sofocando la débil voz de la justicia y de las leyes, hace un juguete ú objeto quimérico de la felicidad pública. Los hombres,

es necesario decirlo, propenden mas al mal, que al bien; y si adulados por la ignorancia ó la parcialidad, llegan á persuadirse que el pueblo iluso ó fascinado, ha de celebrar, como triunfos de las virtudes públicas, los desvarios mas marcados y chocantes de un desaforado despotismo, entónces todo está perdido, y echado el cimiento á una tiranía cierta é inevitable.

Las instituciones democráticas (se ha dicho con dolor) han preparado la cuna á los tiranos siempre que el espíritu de faccion las ha invadido; debiendo advertirse, que la tiranía de los gobiernos absolutos, por mas que se gradue hasta el último punto, como siempre se verifica por grados, y de un modo lento, progresivo é insensible, nunca es tan terrible en sus efectos, ni tan espantosa en sus resultados, como la que sustituye á un gobierno moderado quando el choque de las pasiones, el amor propio irritado, el falso patriotismo, las miras del engrandecimiento personal, y otras, conducen como por la mano al tirano que debe sentarse sobre las ruinas de la moribunda libertad.

La experiencia ha enseñado de que

todas las cosas son susceptibles de un cierto grado de bien, mas allá del qual degeneran ó tocan al extremo opuesto; es decir, al mal. Esta verdad parece hubieron de tener presente los primeros á quienes se les ocurrió el pensamiento de aconsejar como provechoso el que un pueblo que quiera conservar su libertad, no deba nunca fundar su confianza en los hombres, sino en las sábias instituciones que prevengan el abuso del poder, cualesquiera que sea el modo con que se exerza, ó las manos á que esté confiado. La consecuencia que se deduce de este principio, que por tal lo reputamos, y la que se infiere del otro que nos enseña: „de que la suprema autoridad retenida sin freno alguno por mucho tiempo, todo lo vicia” (de cuya verdad es buena prueba el cuadro histórico de qualquiera monarquía absoluta), demuestran hasta la evidencia que la libertad no se mantiene sino confiando su custodia á manos que se reemplacen á ciertos periodos; y que se arriesga menos corriendo todas las vicisitudes de los acontecimientos políticos, por mas incierto que nos parezca, el porve-

nir; que exponiéndose á los funestísimos y seguros resultados de la animosidad, del espíritu de facción, ó de partido, ó de las miras de aquellos, que olvidados de todo punto del interés público, solo se ocupan ya de sus cálculos y proyectos particulares.

CARACTER DE UNA BUENA LEGISLACION.

Una buena legislacion es aquella que no esta sujeta á principios generales, y que sabe acomodarse al interes de la persona ó personas que mandan. La opinion comunmente admitida de que las leyes deben prescindir de tiempos, personas y circunstancias, es uno de los muchos errores elevados á principios, y que por mas que la razon y la justicia lo recomienda, siempre se hallará repugnante é inadmisibile en la práctica. Las buenas leyes deben ser semejantes á las materias elásticas, esto es, deben ceder y plegarse á las circunstancias, siendo susceptibles de admitir todas las formas que guste darles la mano del que las maneja. La sabiduria del legislador ó legisladores está en hacer de las leyes un *comodin* que quadre á todo;

y quando ellas por su naturaleza se prestan sin violencia á estas metamorfosis ó juego de manos, entonces debe decirse que la legislacion ha tocado su último grado de bondad. Por manera que las leyes escritas no han de considerarse mas que como un libro de memorias ó apuntes, en el que se hallan indicaciones generales, para en el momento de la necesidad, saber (al poco mas ó ménos) de donde debe partirse para determinar un negocio del modo que sea mas conveniente al interés del legislador, que como se ve, debe quedar satisfecho ante todo.

La legislacion de Persia, Turquía, Marruecos, y aun la de los Cafres y Hotentotes, es quizá por esta razon de las mas *sabias* que conocemos en el globo. En todos estos pueblos, con particularidad en los primeros, hay un cierto número de leyes escritas que bastan para todos los casos, y satisfacen las necesidades de la sociedad á favor del sencillo y sabio arbitrio de volverlas *patas arriba* ó ponerlas *patas abajo*, segun que mas acomoda á los que las manejan. Y como los comentarios, las glosas, las interpretaciones, explicaciones y demas se hacen siempre *in*

voce y perentoriamente, esto es, en el acto de la urgencia, no tiene necesidad de los libros con que nosotros rellenamos las bibliotecas para autorizar nuestras injusticias con la salvaguardia de que „nuestra legislacion previene.... los sabios han dicho,, etc. etc.

ARTICULO COMUNICADO.

Sres. Editores: ¿me diran vds. qual es la razon porque en Cádiz no se nos permite ver novillos, estando concedidos en el Puerto, Chiclana, Sevilla y otros pueblos de esta cercanía? ¿Es acaso por el acaecimiento de *marras*.? ¿Pero el pueblo de Cádiz se reduce á doscientas, ó trescientas personas voluntariosas ó mal contentadizas para que el mencionado suceso pueda autorizar á decir que *Cádiz no quiere Novillos*. A la verdad que los toros de muerte serian aquí, como en todas partes, mas del gusto del pueblo; pero las gentes racionales se contentarian con la diversion de novillos, persuadida

de que tal vez habia sus poderosas razones para no permitir matar los toros en la Plaza, y sí en el Madero, como luego se hace. De Vd. =
B. M.

Errata.

En el número anterior, pág. 200, lín. 25 y principio de la 26, testimonio, léase *testamento*.

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1813.

A cargo de D. R. Verges.